



CUENTOS

cuando  
dejo de  
pensar  
pienso  
en ti

BRUNO RUIZ

BRUNO RUIZ

*Cuando dejo de pensar  
pienso en ti*

Primera edición: abril 2005  
Segunda edición: noviembre 2017  
ISBN: 1-4116-2827-6

Licencia de SAFE CREATIVE  
Código de Registro: 1711084765745  
Fecha de registro: Nov 8, 2017 3:04 AM UTC

Ninguna parte de esta publicación, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor.

Esta obra resultó ganadora dentro de la convocatoria 'Colecciones Editoriales 2002', del Centro Cultural de Tijuana, Tijuana, B.C. México

*Para ti, querido lector*

## ÍNDICE

La cuestión del cerro en las noches de luna llena, 6
Así pasa, 8
Relatos buenos para nada, y qué, 15
Yo me quemo con la lumbre de tu amor, 20
Nuestros pensamientos, 28
Eso no va a pasar, 39
Los momentos de amor se dieron con toda tranquilidad en la privacidad de la alcoba, 48
Fin, 55
En forma, 59
Virtudes desvirtuadas, 63
Suspense de treinta y nueve rocanrols, 67
Cerro, 72
El poeta escribe su último poema, 75
Rafaela y libro de apuestas, 78

## LA CUESTIÓN DEL CERRO EN LAS NOCHES DE LUNA LLENA

¿Qué sucede con toda esa ciudadanía que emprende una vida de nueve a cinco sin obtener retribución económica o dirección espiritual? ¿Son boyas en el mar? ¿Le entran a una pirámide? Unos van al cerro de Playas y se cogen a una chola del Barrio 13.

Existen caminos para adentrarse en la obscuridad, terracerías angostas que van cortando el cerro en taludes. Aunque está prohibido, uno puede ascender hasta la cúspide, las estrellas están a la vista. De noche es un cerro abandonado, tierra de nadie. Aspiradora de sujetos dudosos.

De día es otra historia. Aparecen los rayos del sol y la verdad. Se aprecian las veredas que dejan los roedores. Incluso le falta vegetación al cerro: los calzones se ven desde lejos. Terriblemente, trágicamente, penas y sufrimientos que la vida nos impone, calzones, condones, cajetillas de cigarros.

Gracias a esfuerzos constantes de agentes emprendedores, se ha determinado el método y preferencia del autor mediante varias teorías que a este punto no dejan de ser especulaciones.

El individuo monta una susodicha al carro, (cómo lo consigue es un aspecto que hasta el momento se mantiene en la obscuridad). Acto seguido, se traslada a la

zona adecuada. Apaga el carro. La jala del cabello. La avienta al asiento de atrás. La sujeta. Le levanta la falda. Le quita el calzón. Avienta el calzón por la ventana.

Cabe señalar que en ocasiones anteriores, las trabajadoras de maquiladoras estaban de moda, pero probablemente como éstas no visten falda, rápidamente fueron descartadas del menú.

El proceso era similar: El individuo espera a que una trabajadora baje por la calle. La intercepta. Se trasladan a las terracerías. Apaga el carro. Agarra del cuello a la susodicha. La saca del carro. La empuja contra la carrocería. La dobla. Le aprieta la cabeza contra el cofre. Le baja el pantalón. Le quita el calzón. Avienta el calzón.

Dato importante.

La conclusión en todos los casos es la misma: el satisfecho, (o los satisfechos —se juega con la teoría de que son varios—) enciende un cigarro, y mientras observa el mar y las estrellas, se quita el condón, lo avienta cerca de los calzones. La razón de esto, se dice, es por mero impulso de la crueldad, o mera indiferencia.

El Ministerio Público puede abordar muchas teorías para resolver un caso de esta magnitud, cuando de pronto, el autor considera un cambio a su método: se larga del cerro para mudar su apetito a zonas de mayor concentración urbana, donde a corto plazo, podrían transcurrir desagradables encuentros con ciudadanas desafortunadas, que rápidamente se convierten en consecuencias del bajo mundo.

## ASÍ PASA

- Qué fértil.
- Tienes razón, como siempre.
- Hay más. Hay posibilidades.
- Eso es otra cosa.
- ¿Diez dólares?
- ¿Pruebas del delito?
- Naturalmente. Y no sólo eso.
- ¿Más?
- Confirmación desde la habitación.
- Te excedes.
- Lo merece.

Los muchachos, en búsqueda perpetua de mujeres saludables, no perdían el tiempo en definir a la candidata. Más que una convicción, una afición refinada por la disipación. La saludable en cuestión, nada menos que la mesera del book que tenía lo necesario para hacerlos sufrir de soledad. No había mejor ejemplo que su frente, cuya panza denotaba algo importante: un bonito ombligo para una mesera del book de apuestas.

Que se iba a hacer, pedían ronda tras ronda con tal de tratar con la cosa buena. No era una convivencia de grandes propósitos. Ella sólo tomaba la orden y se retiraba. Ella sólo dejaba los tragos y se llevaba el dinero. Ella sólo



se interesaba en salir a las siete en punto y ni un minuto después.

Era tan aparente su indiferencia, que no sé por qué se hacían estas ideas. Bueno, hay que tomar en cuenta que Venancio no era cualquier iluso: era español.

—¿Y en España?

—Qué va, en la bolsa traen condones.

—Precavidas.

—No, degeneradas.

—Eso es otra cosa.

—Sí. Pero no mucho.

En el book de apuestas se hacen dos cosas: apostar y esperar a que uno pierda. Mientras tanto existen pasatiempos favoritos. Uno es escuchar a los vecinos. El porqué le apostaron a un equipo y no al otro.

Cuando van perdiendo y como buenos expertos en la materia, sueltan argumentos para justificar sus errores de cálculo. ¿Pero a quién le importa? ¿Quién quiere escuchar la mala suerte? Bueno, los únicos que escuchan son los que se encuentran en la misma situación. Los que van ganando no se compadecen, caen en crueldades y hasta paternalismos. Cuando van ganando, cuidado. Son sabios. Los que sabían desde antes quién iba ganar. Entonces se presume la cantidad que les va a deber el book. Cuando se va perdiendo nadie dice con cuánto se lo chingaron. Esa no es la costumbre, y si la es, se trata de un norteamericano.

Otra de las formas de entretenimiento es ella. Mientras uno está envuelto en los juegos y las mil pantallas con la cara de preocupación a todo lo que da, se espera el momento idóneo, luego se observa discretamente. Sobre todo cuando ella está de espaldas y a punto de voltear.

Cuando da ese giro, y uno está cómodamente lejos de ahí, es como un atardecer en Playas de Tijuana. Se va descubriendo el perfil hasta que queda sobrentendido que el ombligo es el botón.

—Qué sabroso el ombligo de la negra.

—Se oye —dijo Venancio.

Esto quería decir que iba ganando. Todo iba bien, por el momento.

Venancio le había apostado a los Bravos de Atlanta, porque lanzaba el profesor Maduxx. Está bien. Para no quedarse atrás, le había metido dinero al Jai Alai, pero solamente porque era español, porque no sabía de qué se trataban esas canastas de frutas.

—Bravos en casa.

—¿Y ella?

—Qué falta me hace.

—¿Y luego?

—Ella no. Otra carrera. Para amarrar.

La mesera sentía la mirada, como se siente el sol a las seis de la tarde. De hecho, lo ignoró cuando él pidió otra cerveza. Venancio tuvo que levantarse y alcanzarla en el baño de mujeres.

Cosme asumió que se había ganado los diez dólares y se encontraba pensando en la forma como los iba a gastar, cuando Venancio y la mesera regresaron muy amigos, riéndose por el pasillo.

—Es tímida la muchacha.

—Las dudas.

—Es tímida, así cae mejor.

No estaba equivocado Venancio. Tenía ese don de poder extraer la esencia de cualquier mujer a los segundos.

—Es un pajarito.

—¿Vuela bien?

—No. Pero cómo quiere.

—¿Pío pío?

—Todavía no. Necesita que le soplen las alas.

—Diez dólares.

—Y confirmación desde el motel.

La mesera tenía algo especial. Algunos lo conocen como el Síndrome de la Malinche, y cómo se divertía en la barra. Sólo Venancio que estaba medio loco la podía entender. Aunque Venancio llevaba más de cinco años en Tijuana, le había preguntado a la mesera cuál era la bebida local.

La mesera le trajo un coco.

—Qué linda ¿no?

—¿Y yo?

—Tú no.

—Un coco. Para mí.

—Es tímida, no va querer.

La mesera era buena para gozar desde lejos. Veía a Venancio como si fueran grandes amigos y el cantinero estaba de acuerdo, brindaba con Venancio. Salud. Lo cual significó para Venancio algo así como el éxito eminente y rotundo en las apuestas y el amor. Pero si se convenció por eso, después se amargó porque no era el único.

—Tiene alma buena.

—¿Ingrata?

—Puede que sí.

—Y la traición.

—Eso es peor.

Aun así, Cosme advertía que quedaba la prueba del brazier. Le comentó a Venancio sobre esta disposición, cosa que Venancio no aceptó rápidamente por tratarse de una separación de lo convenido. Sobretudo, porque requería un grado de ajuste. Pero como esto acusaba una debilidad de carácter, Venancio aceptó el reto con una condición: si la mesera pasaba esta prueba, Cosme tendría

que pagar diez dólares, más los otros diez después de la confirmación del motel.

—Ya viene —Cosme dijo a Venancio, y Venancio se levantó.

La mesera, percibiendo que se trataba de un acto premeditado, se acercó con la charola como escudo.

Esta prueba consistía en que Venancio tenía que hacer que ella se acomodara el brazier enfrente de todos. Si la mesera lo hacía, esto garantizaba el éxito rotundo. Venancio se acercó y le dijo al oído. La mesera se carcajeó, y como si nada, se agarró la camisa.

Se acomodó el brazier.

—¿Qué le dijiste?

—En España es diferente.

—Más aventados.

—Y muy amables. Le dije que se le notaban los pezones.

—Diez dólares.

—Gracias.

Cosme entendió que Venancio era una persona de muchos recursos. Y como ya había perdido diez, trató de recuperarlos, presionándolo a que cumpliera la segunda parte de la apuesta.

—¿Y lo otro?

—Ya viene.

La mesera venía otra vez. Se acercó a Venancio, le dijo al oído y fue al baño.

—Ya son las siete.

—Qué rápido.

La mesera apareció. Se sentó al lado de Venancio. Parecía que le daba mucha oportunidad para que le agarrara la mano, pero Venancio, todo un europeo de los malitos, le agarraba la pierna. Ella se había cambiado de

ropa: traía un pantalón de mezclilla que la verdad, hacía que uno se olvidara del ombligo.

Dicen por ahí que hay mujeres que se ven mejor en pantalón que desnudas.

—¿Cómo la ves?

—Tú no sabes.

—Ya sé, da lástima quitárselo.

La mesera se mantenía atenta, vigilando el juego de los Bravos, que Venancio había olvidado en su embriaguez de felicidad. Iban empatados en la parte alta de la novena, y ella no decía nada.

—No sabe mi nombre.

—Es un pajarito.

—Y me quiere como gachupín.

La mesera había puesto su mano sobre la de Venancio, que seguía apretujando el muslo. Cosme se dio cuenta que la mesera tenía la otra mano sobre la pierna del vecino. Un norteamericano. Pero no le dijo a Venancio. Cuando el vecino puso su mano como Venancio, sobre la pierna de ella, los Mets metieron un jonrón de tres carreras.

Venancio prendió un cigarro de manera interesante. Luego, cuando soltó el humo, descubrió que no era el único gallo en el gallinero.

—Pajarito no, gallina.

—¿Ya viste?

—El mejor ganará.

—Iban empatados.

La mesera, que había escuchado lo último, le dijo a Venancio:

—Metieron jonrón los otros.

Venancio:

—Que los otros.

—Los Mets.

—¿Los Mets?

Los Mets, como siempre, jugando del lado de las chicas, habían remontado el marcador, y como siempre, habían hecho ganar al book mucho dinero. Eso no le gustó a Venancio, ni al vecino, que quitó la mano de la mesera y se levantó procurando gestos.

—¡Fucking Mets! ¡Garbage team man! ¡Garbage team!

Venancio quitó la mano de la mesera.

El vecino:

—¡Hundred bucks man! ¡A fucking hundred!  
Shit...

—Diez dólares.

Cosme:

—¿De picada?

—También con ella.

—No, ella no. Ella te espera.

—Sí, y no quiero saber.

—¿Tanto?

—Pierdes una vez. Pierdes dos veces.

## RELATOS BUENOS PARA NADA, Y QUÉ

Adriana le dijo que había mantenido contacto con sus cuentos desde que la intuición, el olfato y la duda la llevaron a meter la mano en un estante de la librería, tocando así, algo raro en el fondo, por lo que quitó los libros de enfrente y sacó *Cuando dejo de pensar, pienso en ti*. Lo llevó a la caja registradora donde la empleada quitó la fina capa de polvo mientras con la otra mano le cobraba 55 pesos de los nuevos.

Adriana le dijo que los escritores eran unos consentidos hijos de mami que se la pasaban inventado faramallas para asustar o impresionar a los lectores que todavía estaban medio salidos como para leer esas cosas. Según una amiga del trabajo —que le dijo que no sabía nada de esas cosas, y que no se explicaba por qué llevaba ese libro al trabajo, y mucho menos quién había escrito semejantes babosadas—, los escritores eran una especie de niños crueles que quieren aparentar inteligencia cuando no son más que unos precoces de primera.

Adriana le dijo que era importante llevarse bien con toda clase de gente y que debía mantener los malos pensamientos para él. Que no tenía que retirarse al mundo abstracto de los pensamientos para tomar las cosas seriamente, y que no tenía que reaccionar exageradamente

a los comentarios honestos o francos de personas normales como ella.

Adriana le dijo que la perversión sexual era probablemente el sufrimiento más debilitante, físico y emocionalmente, que aflige a muchos escritores, los cuales usan una combinación de teoría, práctica, y quizá más importante, cerveza o whisky, para lidiar con las faenas.

Adriana no le dijo que desde que leyó uno de sus cuentos se vigiló muy de cerca. Adriana le pidió que le escribiera una serie de relatos donde se ofrecieran los detalles fácilmente, que tuvieran la mística de un estilo delicado, la tradición fronteriza de apertura, o más bien, una postura motivante.

Adriana no le dijo que era mujer divorciada, que extrañaba el placer de los sentidos en las noches de invierno. Le dijo que trabajaba en una oficina donde se hablaba inglés una hora cada día y donde las mujeres no debían usar falda. Si dos mujeres con la misma capacidad aplicaban para el mismo puesto, se lo daban a la más fea.

Eso tampoco se lo dijo.

La relación de negocios entre los dos comenzó con el cuento, *Virgilio, traigo en la brocha el sabor a caguama*. El cual contenía una simpática narrativa, la primera letra de cada párrafo iba con el abecedario.

Si el Autor había titulado el cuento de esa forma, solo había sido por el hecho de que Adriana confesara que le gustaba el sabor de la caguama, no por otra cosa.

Adriana nunca expresó inconformidad.

Desde que Adriana comenzó a leer las narrativas (Adriana lo obligó a que le entregara un cuento cada tres días), descubrió los beneficios de la imaginación. Adelgazó tres kilos en dos semanas. Dejaba las mañanas para revolcarse en esas explosiones correctas donde sólo la sábana de la cama la defendía de los calores del buen amor.



Llegó el día en que Adriana acumuló un repertorio importante de historias inéditas.

Entonces consideró una colaboración.

Lo que haría Adriana: llevar la idea al Autor, llevarle las imágenes fuertes al lado de su pluma, ayudarlo a poblar de esencia fecunda sus cuentos de mano dura.

Durante uno de esos intercambios que se efectuaban entre semana, de cuento por dinero, Adriana le informó de lo más elemental.

Días después y de manera apropiada, intercediendo ya directamente en la estructura narrativa de la historia, proponiéndole que para experimentar los efectos que sus cuentos tenían, debía vivir esa etapa creativa con ella, y que el resto podría cambiar cuando él estuviera en la computadora.

El bosquejo de cada cuento debía plasmarse mientras él observaba a Adriana en situaciones claras y no fantasiosas. Él se encontraría en alguna parte del cuarto, escondido, mientras Adriana definía sus atributos corporales con toda paciencia. En manos de él estaba la pluma, en manos de Adriana la recomendación: la paciencia. Adriana, vistiendo aditamentos de ropa interior amenazante, especulaba las señales y los lugares de erupción.

Gracias a lo que Adriana pudo dar de sí, cinco cuentos nacieron bajo este método de trabajo. Pero finalmente el comportamiento se volvió pronosticable y los cuentos se estancaron: se podía anticipar lo que antes había sido territorio misterioso, se podía advertir cierta traición al golpe creativo.

Después de cinco cuentos de corta duración, el Autor consideró un movimiento de situaciones para capturar la magia, pero Adriana tuvo problemas con las nuevas iniciativas. Entonces él continuó ajustando y

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

